

dente, llena de resolucion le respondió: « Dime, dis-  
 » cipulo de la falsedad y del engaño, ¿ cómo te atreves  
 » á persuadir á una discípula de la verdad á que  
 » mienta, y á que asegure que no sabe cuanta es tu  
 » potestad? ¿ Quién ignora que el poder de cualquier  
 » hombre es limitado y perecedero como el mismo  
 » hombre, que hoy existe y mañana es despojo de la  
 » muerte? El poder verdadero es el de mi Señor Je-  
 » sucristo, poder interminable é infinito, como lo es  
 » el mismo Dios. Por tanto, yo no puedo decir la fal-  
 » sedad que me aconsejas, porque temo al Señor, que  
 » tiene mandado ardan para siempre en los infiernos  
 » los mentirosos y sacrilegos. Ni pienses, ó ciego Da-  
 » ciano, que es ignominia el ser azotada por Jesu-  
 » cristo; antes bien, nunca me parece á mí que he  
 » estado tan ennoblecida y exaltada como en la hora  
 » presente. Sabe en fin que tus tormentos no me  
 » espantan, ni siento las aflicciones que puedas dis-  
 » poner contra mi cuerpo, porque estoy segura de  
 » que me protegerá con su gracia celestial mi Señor  
 » Jesucristo, el mismo que en el día del juicio casti-  
 » gará tus obras con penas interminables.

Viendo el presidente que todas sus palabras y trazas  
 eran inútiles, mandó á los ministros que trajesen el  
 ecúleo, y que colgándola en él, la lacerasen con  
 unos instrumentos de hierro llamados *vingulos*. Exe-  
 cutóse así, y la santa con rostro alegre y risueño pa-  
 decía el tormento, diciendo en voz clara é inteligible:  
 « Señor mio Jesucristo, oye los suspiros de esta sierva  
 » tuya, y perdóname mis yerros. Y confórtame para  
 » poder con tu gracia sufrir los tormentos que me  
 » estan preparados, á fin de que se confundan con  
 » mi paciencia el diablo y sus ministros. » — « ¿ En  
 » dónde está ese á quien clamás, ó jóven simple y  
 » engañada? dijo entonces Daciano; oyeme á mí,  
 » no seas necia; óyeme infeliz, sacrifica á los dioses,

» para que puedas conservar la vida; mira que la  
 » muerte te amenaza; mira que la tienes ya muy cerca,  
 » y que no hay quien pueda librarte de ella. »

« No permita Dios, respondió la santa virgen, que  
 » logres el que yo me aparte de la fe de mi Señor.  
 » Mi Dios, á quien clamo, ó sacrilego, perecedero y  
 » endemoniado, mi Dios está aqui conmigo; pero tú  
 » no mereces verle por causa de tu impureza y de los  
 » locos errores con que tienes el alma encenagada.  
 » Él me da ánimo, y me conforta para despreciar  
 » cuantos tormentos me decrete tu furor y tu rabia. »  
 Sin embargo de las osadas respuestas que daba santa  
 Eulalia, podian tanto en el ánimo del presidente su  
 hermosura y su edad tierna, que no excedia de ca-  
 torece años, su gracia en el hablar y su sabiduría, que,  
 movido de compasion, intentaba por todos los medios  
 apartarla de la resolucion de morir. Y así, antes de  
 dar la última sentencia (dice la vida que se conserva  
 en un manuscrito antiquísimo de la santa catedral de  
 Barcelona), encargó á los verdugos procurásen con  
 halagos, con ruegos y amenazas seducir á Eulalia  
 para que sacrificase á los dioses.

Ejecutáronlo con mas arte y elocuencia de lo que  
 prometian sus crueles almas y sus carniceros ejer-  
 cicios. Propusieronla las delicias de que se privaba,  
 los crueles tormentos que la restaban que padecer  
 hasta acabar la vida, la compasion y lástima que cau-  
 saba á todos ver padecer á una doncella tan noble,  
 tan jovencita y tan llena de atractivos y belleza. La  
 santa habia echado los fundamentos de su resolucion  
 sobre una piedra bien firme; y así, todos los esfuerzos  
 de los ministros del infierno no pudieron lograr otra  
 cosa que la confirmacion nueva de cuanto tenia dicho  
 y respondido antes á Daciano. Enfurecióse este, y  
 bramó de rabia viendo todos sus artificios y crueldad  
 vencidos y aun despreciados por una niña tierna y de-

licada; y viendo que se aventuraba mas en la dilacion de su muerte, mandó que, así pendiente como estaba, la aplicasen hachas encendidas hasta que muriese abrasada. Ejecutóse la sentencia empapando los verdugos las hachas en aceite para que fuese mas activa la llama.

Estaba la santa virgen colgada en el ecúleo en forma de cruz, y cuando mas avivaban los verdugos los tormentos, entonces su corazon estaba mas gozoso dando gracias al Señor, que se dignaba permitir que padeciese su esposa en la misma forma en que él habia redimido al género humano. Consolábase en medio de las llamas cantando en alta voz: « Dios me ayuda, » y el Señor es quien conforta mi alma. Convertid, » Señor, los males á mis enemigos, y haced que pe- » rezcan por vuestra justicia. Yo, Señor, te haré sa- » crificio voluntariamente, confesaré tu nombre, » porque es bueno; porque me sacaste de toda tribu- » lacion, é hiciste que mis ojos mirasen con desprecio » á mis enemigos. » Al acabar la santa de pronunciar estas palabras, comenzaron las llamas á volverse contra los verdugos, como en ademán de vengar la crueldad y desacato que estaban cometiendo. La tierna virgen que lo advirtió, con voz mas clara y mas perceptible, fijos sus ojos en el cielo, comenzó la siguiente oracion.

» Señor mio Jesucristo, oid mi súplica, completad » vuestra misericordia sobre esta sierva vuestra, y » haced ya que yo sea recibida entre vuestros elegidos » para descansar por siempre en la vida eterna; ha- » ciendo conmigo en esto una piedad señalada, la » cual sea causa de que los creyentes se confirmen » mas en tu fe, y de que al ver lo que conmigo eje- » cutas, alaben tu sumo poder. » Acabada esta ora- » cion se apagaron repentinamente las hachas, á pesar del aceite con que estaban preparadas. Los ministros,

llenos de terror, y abrasados milagrosamente, cayeron de bruces consternados, y la santa exhaló su purísima alma, la cual se vió salir de su boca en forma de paloma, y volar al cielo. Este portentoso maravilloso fué visto por todo el inmenso pueblo que presenció su glorioso martirio; y los gentiles no pudieron menos de admirar un caso tan raro, al mismo tiempo que los cristianos vecinos de Barcelona se daban mutuos parabienes y enhorabuenas, porque veian que ya tenian en el cielo una conciudadana suya, que les seria para siempre su abogada, su protectora y su patrona.

Con la muerte de Eulalia parece que debia haberse acabado el furor y cólera de Daciano, mas no fué así; sino que, viendo que despues de una tan larga batalla de penas, habia sido vencido por la delicadeza de una tierna doncella, bramando de cólera, mandó al bajar del tribunal, que de ninguna manera se quitase de la cruz el cadáver de Eulalia, que le dejasen allí, y le custodiasen hasta que le comiesen las aves, y se consumiesen los huesos. Pero el cielo no pudo consentir la indecencia con que quedaba aquel virginal cuerpo expuesto á las deshonestas miradas; y así cubrió con un milagro la desnudez vergonzosa que habia ordenado la impiedad. Al punto cayó tanta nieve, que cubrió el sagrado cuerpo como si fuera con un candidísimo velo; milagro de que se estremecieron tanto los guardas, que no pudieron persistir junto al sagrado cuerpo, sino que echaron á huir con precipitacion llenos de temor y de espanto. Pero volviendo en sí, y acordándose del precepto del juez, se quedaron á lo lejos, haciendo la custodia que se les habia ordenado.

Bien presto se divulgó un caso tan ruidoso por todas las cercanias de la ciudad, de donde venian los fieles en tropas á ver las maravillas del Señor y el virginal cadáver de la esposa de Cristo, que aun estaba pen-

diente en la cruz. Entre ellos vinieron tambien los venturosos padres de Eulalia, y aquellas virgenes compañeras á quienes la santa instruía. Los diversos afectos que á un mismo tiempo combatian sus corazones, sacaban á sus ojos las lágrimas, y á sus rostros la alegría. Veían muerta con exquisitos y horribles tormentos á una hija y á una compañera y maestra sumamente amable; y veían al mismo tiempo una virgen mártir y confesora de la fe de Jesucristo: y, en la batalla de afectos, llevaba el triunfo la Religion. No sentían ya ni los padres de Eulalia ni sus compañeras verla muerta; sentían no haber visto con sus ojos los tormentos y el esfuerzo, y no haber oído la celestial sabiduría con que habia triunfado de las astucias del tirano.

Tres dias estuvo el santo cuerpo pendiente de la cruz, sin que faltasen de allí un punto los guardas; pero la piedad de los fieles fué mas solícita para custodiar aquel tesoro, porque á la noche tercera pudieron ciertos varones religiosos y pios bajar el santo cuerpo de la cruz, y llevársele sin que los soldados sintiesen el robo. Envolviéronle en unos blanquísimos lienzo, y ungiéndole con olorosos aromas, le colocaron de este modo en un sepulcro. Su entierro fué honrado del cielo con un notable milagro. Hallábase presente un san Félix, á quien la santa habia instruido en la fe, y el que, dicen las actas, habia sido *uniforme* con santa Eulalia en la confesion de la fe misma. Este santo, como resentido de no haber todavía dado su sangre por Cristo, exclamó: « ¡ O Señora! Tú mere- » ciste ser la primera que lograste en nuestra region » la palma del martirio. » Al acabar de pronunciar estas palabras, se sonrió la santa: y los que estaban presentes comenzaron á cantar á Dios alabanzas, diciendo: *Clamaron los justos, y el Señor los oyó, y los libró de todas sus tribulaciones.* A las voces de los que

cantaban concurrieron muchos del pueblo, y con grande alegría enterraron el sagrado y virginal cadáver, dando bendiciones y alabanzas á Dios Padre, á su Hijo Jesucristo, y al Espíritu Santo, cuyo reino dura por los siglos de los siglos.

Luego que se acabó la persecucion de los cristianos, comenzó á celebrarse el martirio de santa Eulalia, y Barcelona la dedicó un templo en el mismo lugar en que habia estado su sepulcro. Con la irrupcion de los Moros pereció de tal manera la memoria del sitio donde descansaban sus reliquias, que por los años de 870 no se sabia nada; hasta que á costa de ayunos, oraciones continuas y limosnas, quiso el Señor conceder el beneficio de su invencion á la constante piedad del obispo Frodoino, y del afligido y devoto pueblo. Trasládose á la catedral el santo cuerpo, y desde entonces, que fué por los años del Señor de 877, además del titulo de *Santa Cruz* que tenia la catedral, recibió el de *Santa Eulalia*, por ser depositaria de su sagrado cuerpo. Despues, con motivo de la grande obra de la catedral, se fabricó un magnifico y suntuoso sepulcro, adonde se trasladaron las reliquias de la santa mártir el viernes 7 de julio del año del Señor de 1339; concurriendo á la traslacion, reyes, principes, princesas, arzobispos, obispos, prelados y tanta multitud de pueblo, que hizo esta una de las mas solemnes y magníficas traslaciones que se han hecho en el mundo.

*La misa es en honra de la Santa, y la oracion la que sigue.*

Deus, qui nos martyrii beatæ Eulaliæ virginis et martyris tuæ solemnitate lætificas: concede propitius, ut gloriosissimis ejusdem meritis, et terrena nobis proficiant, et O Dios, que nos alegráis con la solemnidad del martirio de vuestra bienaventurada virgen y mártir Eulalia, concedednos piadoso que, por sus gloriosos méritos é intercesion usemos

caelestia desiderata praeveniant: bien de las cosas terrenas, y  
 Per Dominum nostrum Jesum lleguemos á gozar de las celestiales que deseamos : Por  
 Christum... nuestro Señor Jesucristo...

*La epistola es del cap. 51 del libro de la Sabiduria, y la misma que el dia IX, pág. 167.*

## REFLEXIONES.

Contemplando en toda su extension la verdad de aquel oráculo divino que nos asegura que la vida del hombre en este valle de lágrimas es una guerra continua; cuando se toca con la experiencia que estamos cercados de enemigos visibles é invisibles que por todas partes nos ponen asechanzas; viendo finalmente la debilidad de nuestras fuerzas para combatirlos, y los débiles recursos que podemos esperar de nuestra naturaleza corrompida, es preciso llenarse de confusion, y casi llegar á desconfiar de que nos sea posible la victoria, y de consiguiente la felicidad y la ventura. ¡ Cuántos atractivos nos ofrece el mundo en sus riquezas, en sus pompas, en sus delicias, en su esplendor! ¡ cuántos lazos secretos nos tiende el enemigo comun en las pasiones, en los encuentros de la vida, en la falsa sabiduría, y aun en los mismos ejercicios de virtud! ¡ cuántos peligros en el trato y comunicacion de aquellos mismos á quienes la naturaleza, y mucho mas la fe, nos hace mirar con la seguridad y confianza de hermanos! Todo nos convence de la verdad de aquella famosa sentencia de san Pablo, que no encuentra para el hombre destino ni situacion que no esté cubierta de peligros.

Pero si por otra parte se fija la consideracion en la gran misericordia de Dios; si se considera la omnipotencia de la gracia victoriosa que nos ganó Jesucristo con el tesoro infinito de su sangre; si se miran sus prodigiosos efectos y admirables triunfos en aquellos

adalides del cristianismo, que para nuestro consuelo é instruccion nos propone nuestra madre la Iglesia, es preciso confesar que se ensancha el corazon, y que vuelve á cobrar vida la mas amortiguada esperanza. Considérense las expresiones que pone la Iglesia en boca de esta santa mártir; considérese su inocente vida y su glorioso martirio; ¿ quién será tan infiel y tan cobarde que no se atreva á decir con el apóstol, *Todo lo puedo con la gracia de aquel que me conforta?* ¿ Quién dejará de cobrar ánimo y valor para desafiar á todas las fuerzas del infierno, y decir con la santa confianza del mismo: Tengo certeza de que no habrá en el mundo potestad, virtud, ni fuerza para separarme del amor de mi Señor Jesucristo, aunque se unan contra mí las cadenas, los cepos, los cuchillos, los hornos encendidos, los destierros, los azotes, todo el poder de la tierra, y todo el encono y astucia de los abismos?

Sin embargo de ser esto verdad, se necesita todo el apoyo de la Iglesia para que nuestra flaqueza pronuncie tan confiadas palabras, y llegue á persuadirse que ha habido tiempo en que eran frecuentes entre los cristianos semejantes espectáculos. No solamente podemos decir con verdad que se ha resfriado con el discurso de los tiempos aquella ardiente caridad que desafiaba á los tiranos; sino que se puede añadir, que la fe, que era su base y fundamento, no tiene en nosotros su antigua solidez y firmeza. Un nacimiento ilustre rodeado de riquezas, de criados y de delicias; una edad juguetona, lozana y lisonjera; unas prendas colmadas de los encantos del genio y de los atractivos de la belleza; la vida en fin mas amable y mas amada que todo, se nos figura de demasiado valor y precio para mirarlo con abandono, y para sacrificarlo por Jesucristo. Puestos de un lado estos lisonjeros bienes de la naturaleza, y de otro el precio de la fe y la gloria de